

allá del arroyo, por espacio de mas de una legua, haciendole un horrible estrago. En vano los oficiales realistas procuraban reacerlo; el terror habia llegado a su colmo, y cada cual trataba de salvarse como podia.

Los realistas perdieron en esta ocasion ciento y veinte muertos, y sesenta prisioneros, y tubieron un gran numero de heridos. La perdida de Teran fue de nueve muertos y de quince heridos. Por los partes de oficio que se hallaron en poder de los enemigos, se supo que su fuerza constaba de 600 hombres de caballeria, y 563 infantes mandados por el general Topete. Habian estado durante muchas semanas reuniendo estas tropas en Tlacotalpan y Alvarado, provincia de Vera Cruz: las lluvias les habian impedido encontrarse antes con Teran.

Las noticias que le dieron los prisioneros, lo obligaron, a pesar suyo, a renunciar a su proyecto de ir a Guasacualco. Supo que el comandante general de Oajaca estaba reuniendo toda la fuerza disponible de la provincia para atacarlo; que en Vera Cruz se preparaba con el mismo obgeto otra formidable espedicion; y que habian ido a Guasacualco dos buques de guerra españoles. Como su plan primitivo era tomar la plaza por sorpresa, no pudiendo ya verificarlo, resolvió volver a Tehuacan lo mas pronto posible. Lo consiguió en efecto, por medio de movimientos mui diestramente dirigidos, eludiendo de este modo los esfuerzos que hacian los realistas para interceptarlo y sobrepujando ostaculos, que en aquella estacion, parecian generalmente insuperables.

De vuelta a Tehuacan renovó a Osorno y a Victoria sus antiguas proposiciones; mas ninguno de ellos quiso admitirlas.

El virrei Apodaca dirigió entonces todos sus esfuerzos a destruir estos gefes rivales, empezando por Teran. Con

este obgeto, se destinó a Tehuacan un cuerpo escogido de tropas reales, cuyo numero no bajaba de cuatro mil hombres.

Teran se preparó al ataque con su acostumbrada serenidad. Envió las mugeres y los niños a Fuerte Colorado y se quedó en la ciudad, esperando poder en ella rechazar al enemigo. Fortificó el Convento de San Francisco y aguardó en el de pie firme. Los realistas rodearon aquel edificio y le cortaron toda comunicacion con Fuerte Colorado. Toda la fuerza efectiva de Teran en el convento no pasaba de 500 hombres, pero tan admirables eran sus preparativos de defensa, que los realistas no se aventuraron a dar el asalto, contentandose con aguardar las resultas de un sitio formal y con cortar los viveres a los sitiados. En tan enfadosa situacion, apuradas las provisiones y el agua, sin esperanzas de auxilio exterior, y no queriendo sacrificar inutilmente las vidas de sus valientes compañeros, Teran se vió precisado a aceptar la capitulacion que el gefe de las tropas reales le ofrecia.

Nos es sensible no tener a la vista la copia de este documento, por cuyo tenor se echa de ver el respeto con que los realistas miraban a Teran, pues se le propusieron condiciones que hasta entonces habian sido constantemente reusadas a todos los gefes revolucionarios. El comandante realista y el virrei observaron escrupulosamente la capitulacion.

Despues de la toma de Tehuacan, los realistas se vieron en aptitud de enviar fuerzas poderosas contra Victoria y Osorno. D. Guadalupe Victoria no habia tenido nunca bajo sus ordenes mas de dos mil hombres; pero conocia tan bien el terreno de la provincia de Vera Cruz, que los enemigos no pudieron obligarlo jamas a entrar en una accion general. En vano enviaban fuerzas superiores para atacarlo; en vano lo arrojaban de una en otra posicion; pues

apenas destruian parte de sus fuerzas en un punto, reclusaba otras en otro. Mas de veinte veces se publicó en la gaceta de Mexico que Victoria y su partida habian sido completamente derrotados: pocos dias despues se sabia que habia vuelto a parecer, que atacaba y cogia las recuas cargadas de mercancias, y que llenaba de consternacion el pais que no reconocia la independencia. Con ciento y cincuenta o doscientos caballos dió los golpes mas atrevidos, y todos, hasta sus mismos enemigos, admiraban su actividad y valor. Mas de las cuatro quintas partes de la poblacion de Vera Cruz estaban por el. Donde quiera que llegaba, se le suministraban provisiones, publicamente o en secreto. Si hubiera tenido fusiles, hubiera podido reunir de 10 a 15,000 hombres, que estaban dispuestos a armarse y a pelear bajo sus banderas. Las desgracias que esperiméntó en lo sucesivo, solo deben ser atribuidas a la falta de armas y municiones. Mientras tubo a su disposicion los puertos de Boquilla de Piedra y Nantla, en la costa de Vera Cruz, pudo proporcionarse algunos fusiles, que le enviaron de Nueva Orleans; pero, tomadas estas plazas por los realistas a fines de 1816 y principios de 1817, no pudo contar con ningun auxilio extranjero.

Las fuerzas de Osorno fueron dispersadas o destruidas por aquel tiempo, y, segun se dijo entonces, el y sus principales oficiales se acogieron al perdon. Osorno, a fines de 1815, era un formidable enemigo de los realistas, pues tenia dos mil hombres de la mejor caballeria del reino, y muchas veces llenó de terror las cercanias de Mexico. Hubo, sin embargo, poco despues, algun desorden en la conducta de sus oficiales, que se aficionaron en demasia a saquear y destruir. Uno de ellos llegó a ser celebre por su crueldad. Bajo el pretesto de egercer justas represalias, no solo pasaba por las armas a sus enemigos, sino que los

atormentaba y mutilaba. En una ocasion se jactó de haber dado muerte a unos españoles europeos, sin derramar una gota de su sangre, mandando enterrarlos vivos. Los realistas trataron de ganarlo a su partido, y lo consiguieron ofreciendole en el servicio del rei el mismo grado que tenia en el egercito patriota. Despues contribuyó en gran manera, con su destreza y actividad, a acelerar la perdida de su antiguo gefe Osorno.

D. Ignacio Rayon, habia resistido durante diez y ocho meses, en la provincia de Valladolid, y en el fuerte de Copero, todas las tentativas que habian hecho los realistas para desalojarlo. El y dos hermanos suyos tomaron gran parte en la revolucion desde su principio. Era opuesto al modo sanguinario con que se hacia la guerra entonces y al egoismo que habian manifestado algunos gefes patriotas. Aunque habil y valiente y zelosamente adicto a la causa que habia abrazado, muchas veces declaró que cederia a lo realistas si los patriotas persistian en desatender sus consejos y planes dirigidos a concertar todas las fuerzas que peleaban por la libertad. Capituló al fin y el fuerte de Copero cayó en manos de los contrarios.

La falta de documentos nos impide señalar con exactitud las epocas en que ocurrieron los desastres que hemos referido. Solo sabemos que fue en los años de 1816 y 1817.

Despues las tropas del egercito real se volvieron a apoderar de muchos de los distritos sublevados, colocando guardias en todos los pueblos para forzarlos a prestar obediencia a las autoridades nombradas por el monarca. De este modo lograron formar de Norte a Sur una cadena de fortificaciones que cortó la comunicacion entre los patriotas, los cuales tenian aun fuerzas formidables, mas sin acuerdo ni cooperacion.

La direccion de estas fuerzas cayó en manos de hombres

ignorantes, sedientos de poder y de riqueza. Muchos de ellos subian de la clase de jornaleros a la de coroneles y brigadieres: su conducta fue desordenada y cruel, y como entre ellos los habia atrevidos y emprendedores, tanto terror inspiraban a los realistas como a los patriotas.

Ya no respetaban los revolucionarios a los hombres de talento de educacion y de buenos principios. Los que daban algunos pasos para restablecer el orden, eran acusados de aspirar al despotismo. Recibian insultos y se les privaba de sus bienes, bajo el pretexto de que el bien publico lo exigia. A cada momento estaban en peligro de perder la vida y ni aun se atrevian a quejarse de los decretos de sus tiranicos opresores. Aterrados por la conducta de los de su mismo partido y halagados por las lisonjeras ofertas de los realistas, buscaron al fin proteccion bajo las banderas de España, manteniendose siempre amigos de la libertad, pero enemigos de la anarquía.

Los nuevos gefes de que hemos hablado tenian bajo su mando estendidos territorios en las provincias del Oeste, y cada comandante de pueblo, imitando el ejemplo de su superior, daba rienda suelta a sus pasiones, pensando unicamente en su propio bien y comodidad.

El gefe supremo militar que habian nombrado era un eclesiastico llamado D. Jose Antonio Torres, cuyo odio a la causa realista era tan encarnizado como lo prueba la siguiente anecdota: Dos hermanos suyos, jovenes, cayeron en manos de los enemigos, y se les obligó a que le escribieran diciendole; que sus vidas dependian de el, pues si abrazaba la causa del rei quedarian libres, y si no serian condenados a muerte. Torres les respondió: "La proposicion que me haceis me ha llenado de indignacion. Si el enemigo no os pasa por las armas, Dios os libre de caer en mis manos en lo sucesivo, pues la muerte que ellos no os

hayan dado os la daré yo mismo, por haberos atrevido a poner vuestras vidas al nivel del interes de la patria y por haberme hecho tan ignominiosa propuesta."

Torres mandaba en una inmensa estension, dividida en comandancias, a la manera de los antiguos feudos. Estas comandancias se daban por lo comun a hombres ignorantes, dociles instrumentos de la voluntad de Torres. Ejercitaban su autoridad de un modo arbitrario y las contribuciones que exigian no se empleaban en bien de la republica ni en defensa de su causa. La tropa que estaba bajo sus ordenes era, sin embargo, atrevida y valiente. Su numero no bajaba de 7,000 hombres, y aunque no todos tenian fusiles, eran diestros lanzeros y excelentes ginetes. Carecian de disciplina, estaban mal vestidos y pagados y no tenian union ni orden, pues cada cual vivia donde queria, o recorria la comandancia segun mas le acomodaba. Obedecian ciegamente a los gefes, pero con tanta irregularidad, que en la accion, podian huir o quedarse sin temor de castigo. En punto a valor personal y buenos caballos les eran muy inferiores los realistas, quienes no tubieron caballería hasta que los insurgentes mismos se la formaron. Con disciplina y orden los patriotas hubieran siempre derrotado a sus enemigos.

En medio de tantas circunstancias contrarias a la causa de la libertad, no faltaban gefes patriotas, animados por el amor de la patria, aunque cometiesen alguna falta en su conducta, que no puede de ningun modo atribuirse a depravacion ni egoismo. La poblacion dió tambien pruebas constantes y nada equivocadas de su adhesion a la misma causa. Maltratados y sacrificados sucesivamente por ambos partidos, los habitantes se mantubieron fieles al estandarte de la republica.

Torres instituyó un gobierno civil, compuesto de un Congreso formado por el estilo del ultimo. Componiase del

presidente, D. Ignacio Ayala, dos miembros, D. Mariano Tercera, y el Dr. D. Jose San Martin, y el Secretario de la guerra, D. Francisco Loxero. Este congreso dió a Torres el grado de teniente general y el mando en jefe de todas las fuerzas del estado. Los realistas a la sazón guardaban todas las ciudades principales, pero los patriotas ocupaban el país y lo dominaban. Estaban esparcidos en guerrillas, de 50 a 1,000 hombres, la mayor parte caballería, y sus escursiones se estendian desde la Sierra Gorda, hasta las orillas del Oceano Pacifico. Cuando se acercaba alguna division realista, huían a puntos inespugnables, situados en los montes, y allí aguardaban que el enemigo se retirase; entonces bajaban al llano y continuaban de nuevo sus correrías.

Tal era la situación de la revolución de Méjico cuando Mina llegó al fuerte del Sombrero. De los desastres que hemos referido solo supo una pequeña parte, de modo que no perdió la esperanza de remediar los males que los insurgentes habian sufrido. Se lisonjeaba con la agradable idea de que los valientes militares de su pequeño ejército, inspirarian nuevo ardor a las tropas con su influjo y con su ejemplo, promoverian su union y los excitarian a dar un golpe decisivo al partido contrario.

Los patriotas ocupaban todavía Sombrero, Los Remedios y Tanquilla, a igual distancia el primero y el último de Los Remedios, donde el Congreso celebraba sus sesiones. También habia entre los patriotas algunos hombres distinguidos, cuyo odio al yugo del gobierno europeo era tan encarnizado, que antes de doblarle el cuello, hubieran preferido ir a vivir a los bosques. Era uno de ellos D. Jose Maria Liceaga, presidente del Congreso de Apatzingan, cuando se promulgó la Constitución. Pero ninguno de los hombres de esta clase habia conservado mando ni influjo.

Mina al entrar en esta escena no vió entorno mas que

ignorancia y anarquía, que prometian un éxito poco feliz a su empresa. Ocultó sin embargo la pesadumbre que este estado de cosas le ocasionaba, y solo se abrió a algunos pocos amigos. Habia creído hallar las cosas en un pie muy diferente, y aunque sabia que los patriotas carecian de disciplina y de oficiales instruidos, esperaba hallar el mas ardiente entusiasmo en favor de la libertad, y un pueblo, en lo general, valiente y atrevido. Durante su marcha de la costa a Sombrero tubo las pruebas mas positivas del innato valor de los criollos, lo cual alimentaba sus esperanzas de emancipar a Méjico. Consideró su union con los patriotas, aun en el triste estado en que estos se hallaban, como el primer paso acia su gloria, y aunque semejantes calculos nos parezcan extravagantes en la actualidad, es muy probable, que si los jefes patriotas hubieran sacrificado sus intereses y sus pasiones, cooperando sincera y eficazmente con Mina y dándole el mando superior de las tropas de la republica, no solo habria encontrado hombres y recursos para contrarrestar los progresos de los realistas, sino que hubiera dado a la revolución un aspecto mas brillante que el que hasta entonces habia tenido desde el principio de la lucha.

El autor sabe que en la época de que se habla, casi todos los regimientos europeos y criollos de la ciudad de Méjico y de las provincias centrales eran sospechados de desafectos a la causa del rei y de propension a la sublevación. Si Mina hubiera podido mantener su posición algunos meses despues de unido con los patriotas, no hai casi duda en que todos aquellos cuerpos hubieran acudido a ponerse bajo sus ordenes. Los alborotos y las deserciones eran ya tan comunes entre las tropas españolas, especialmente en el regimiento de Zamora, que el gobierno empezó a tener muy serios temores. Su existencia de-

pendia de los progresos de Mina acia las provincias internas, y por consiguiente, de la cooperacion que le prestasen los otros gefes de la revolucion.

Tambien echará de ver el lector, cuan diferente hubiera sido la situacion de Mina, si hubiera llegado a la costa de Megico nueve o doce meses antes, y unidose con hombres como Victoria y Teran. Pero sigamos el curso de sus sucesos, en el orden en que acaecieron, desde su llegada al fuerte del Sombrero.

CAPITULO VI.

Accion de San Juan de los Llanos. Toma del Jaral. Conferencia entre Mina y los gefes revolucionarios en Sombrero. Proposiciones hechas por Mina para el cange de prisioneros. Ocurrencias en el fuerte.

Los oficiales y soldados de la expedicion de Mina necesitaban y gozaron en efecto algunos dias de reposo, /mas su general no podia estarse quieto interin habia alguna ocasion de incomodar al enemigo. El 28 se supo que un cuerpo de 700 hombres enemigos mandados por D. Felipe Castañon venia haciendo un movimiento acia el fuerte y que a la sazón se hallaba en la ciudad de S. Felipe, a trece leguas, al Este Nordeste del Sombrero. */ningun segun los documento originales. /illa*

Castañon se habia hecho celebre por su actividad en sorprender partidas de patriotas. El gobierno lo habia recompensado con el mando de aquella division, y lo habia autorizado, en prueba de confianza, a obrar como mejor le pareciese. Podia moverse en todas direcciones, entrar en todas las provincias, a la cabeza de su fuerza, que se llamaba division volante y que constaba de 300 hombres de excelente caballeria y de 400 infantes. Sus movimientos eran rapidos y secretos, y como los hacia comunmente de noche, tenia en continuo sobresalto a todo el pais de Bajio. Habia salido siempre victorioso, y su nombre excitaba tanto terror, que los patriotas conocieron que no podrian hacerle frente. Cuando sonaba el nombre de Cas-